

José Carlos
Bermejo Barrera

La tentación del rey Midas

SIGLO
XXI
BERMEO

Para una economía política
del conocimiento



Siglo XXI

José Carlos Bermejo Barrera

La tentación del rey Midas

Para una economía política del conocimiento

¿Qué papel desempeña la economía en la ideología? ¿Qué función cumplen los intelectuales? ¿Qué pintan las universidades en el mercado económico? ¿Cuál es la función de la producción de conocimiento? El imparable avance del formalismo en el pensamiento económico, político, filosófico nos distancia de la historicidad y complejidad de lo real, cuya base fue y continuará siendo la realidad concreta vivida en sus contradicciones, y para cuya ayuda contamos con el legado de los grandes pensadores del pasado.

La tentación del rey Midas es un libro en contra de la abstracción, pero a favor del pensamiento; intenta contribuir al análisis de la realidad económica, social y política, partiendo del principio de que cualquier tipo de conocimiento solo puede captar una fracción de la realidad y de que la realidad, previa a los conceptos e inabarcable por ellos, acaba siempre por salir a la luz en el choque de contradicciones y relaciones sociales y de producción.

José Carlos Bermejo Barrera, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Santiago, es autor de más de treinta libros en los campos de historia de las religiones, la filosofía de la historia y el ensayo. Entre ellos cabe destacar: *Moscas en una botella* (2007), *La fábrica de la ignorancia* (2009), *La maquinación y el privilegio* (2011), *La verdadera historia de la humanidad nunca jamás contada ni dibujada* (2011), *Los límites del lenguaje* (2011) y, en Siglo XXI de España, *La consagración de la mentira* (2012).

Diseño de portada
RAG

Motivo de cubierta
Santi Jiménez

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© José Carlos Bermejo Barrera, 2015

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2015

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1779-8

PRÓLOGO

Este es un libro en contra de la abstracción, pero a favor del pensamiento; es un libro que intenta contribuir al análisis de la realidad económica, social y política, partiendo del principio de que cualquier tipo de conocimiento solo puede captar una fracción de la realidad y de que esta, anterior a los conceptos e inabarcable por ellos, acaba siempre por salir a la luz en el choque de las contradicciones y relaciones sociales y de producción.

Partiendo de la reivindicación de la economía política como único modo de análisis simultáneo de las relaciones económicas, sociales, jurídicas y políticas, se analizan en una serie de capítulos los conceptos básicos del análisis económico o del pensamiento político, estableciendo un claro contraste entre el formalismo matemático de la teoría económica y el análisis de la economía como sistema físico de producción, circulación y consumo de mercancías reales. Es ese formalismo el que ha permitido el triunfo del pensamiento neoliberal y ha creado las nociones ilusorias de economía y sociedad del conocimiento, que no solo están consiguiendo arruinar la economía real, sino también destruir los sistemas educativos en todos y cada uno de sus niveles.

El papel de los intelectuales y el de las instituciones educativas, claves para lograr el triunfo de una ideología, es analizado en el caso de las universidades y su formulación neoliberal como instrumentos al supuesto servicio del mercado, sacando a la luz las contradicciones económicas y la vaciedad del discurso en las que se mueven sus gobernantes. Este es también el caso de los intelectuales –sobre todo los filósofos– que además de haber renunciado a cambiar el mundo también han renunciado a pensarlo, al definir a la filosofía como sierva de la empresa y el mercado en la sociedad del conocimiento, de lo que se muestran notorios ejemplos.

El imparable avance del formalismo en el pensamiento económico, político, filosófico –que está encarnado en la imposición de la filosofía analítica unida al dominio exclusivo del idioma inglés– se plasma igualmente en la idea de que la teoría física tiene que ser la clave de la comprensión de todo tipo de fenómenos, entrando así en contradicción consigo misma y asumiendo

el papel que tradicionalmente correspondía a la metafísica o a la teología. Es por esta razón por la que el análisis de la pseudohistoricidad del universo se analiza en este libro dentro del mismo marco de crítica del pensamiento formalista y reivindicación de la historicidad y complejidad de lo real, cuya base fue, y continuará siendo, la realidad concreta vivida en sus contradicciones, y para cuya ayuda contamos con el legado de los grandes pensadores del pasado^[1].

[1] Deseo agradecer a mi editor Alejandro Rodríguez el trabajo realizado en la preparación y lectura de este texto. Su dedicación y su competencia hacen de él el editor ideal que desearía todo autor.

INTRODUCCIÓN

El camino hacia la abstracción

Vamos a comenzar contando una pequeña historia.

La historia de Juan Nadie

Hace no muchos años en un país de cuyo nombre podría acordarme, tras acudir a su asesor financiero, Juan Nadie decidió invertir sus únicos 1.000 euros en la compra de un instrumento financiero denominado «Star 9 mm. Parabellum». Con él acudió a un banco con el fin de enseñárselo primero al cajero y luego al director de la sucursal, que, a cambio de su contemplación, debían ofrecerle un crédito de alto riesgo y alta rentabilidad reembolsable en plazo infinitamente diferido –o sea, nunca– por valor de 1.000.000 de euros. Como todo buen cliente, Juan Nadie fue despedido por el director con un apretón de manos mientras se llevaba su dinero en una bolsa de deportes.

El director bancario, henchido de satisfacción y habituado a llevar una doble contabilidad según el uso consagrado por la costumbre, comunicó a su compañía de seguros que le habían robado 2.000.000 de euros, con lo que consiguió una rentabilidad del 100 por 100 en la concesión del crédito de Juan Nadie, que a su vez había obtenido otra del 10.000 por 100 con su nuevo instrumento financiero. Asombrado por la rentabilidad obtenida en esta nueva acción de emprendimiento, decidió crear una franquicia en la que los emprendedores recibirían los instrumentos de crédito Star 9 mm. Parabellum y a cambio pagarían una comisión anual a la casa madre. Así el negocio creció, los emprendedores conseguían altísimas rentabilidades con sus créditos de devolución infinitamente diferida, los bancos engañaban a las compañías de seguros, que a su vez titulizaban, o sea, emitían acciones de deuda colateralizada, que se vendía en minúsculos paquetes a pequeños ahorradores y pensionistas del todo el mundo empaquetadas con otros instrumentos financieros en *hedge funds*. Gracias a ello la bolsa conoció años de esplendor y su burbuja se hinchaba a la par que la inmobiliaria.

Juan Nadie se dio cuenta de que su nuevo instrumento financiero de alta rentabilidad de devolución infinitamente diferida tenía un punto de saturación, o lo que es lo mismo, que llegaría un momento en el que dejaría de funcionar. No porque hubiese cada vez más emprendedores, pues ello favorecía la creatividad del mercado bursátil, sino porque ese instrumento financiero era en realidad un instrumento asimétrico unilateralmente convertible. Para que lo comprenda el inversor medio, y luego no se lleve a engaño cegado por su ingenuidad y su avaricia, pondremos un sencillo ejemplo. Si en los mercados dos agentes económicos libres interactúan con dos instrumentos financieros Star 9 mm. Parabellum, la convertibilidad del producto es de liquidez nula, pues la mutua contemplación de los dos productos entre dos clientes no se transforma en crédito de devolución infinitamente diferida, sino en la posibilidad de que lo que se anule sean los dos agentes financieros, siendo así su suma un cero.

Antes de alcanzar el punto de saturación del nuevo instrumento financiero, Juan Nadie decidió titularizarlo también, vendiéndose las acciones de su franquicia emprendedora en paquetes ocultos en los *hedge funds* que vendían los propios bancos a los que acudían a su vez los inversores de la empresa de Juan Nadie acompañados siempre de sus instrumentos financieros Star 9 mm. Parabellum. Las acciones crecieron con la burbuja, y como cada vez subían más, Juan Nadie y sus socios fueron transformando en títulos todo el capital líquido de alta rentabilidad que tan amablemente le concedían cada día los directores de las sucursales bancarias, cuyos bancos emitían a su vez acciones basadas en sus balances falseados y prestaban cincuenta euros por cada euro propio, si es que les quedaba alguno y no lo habían invertido todo en acciones propias o de Juan Nadie S. A.

Como los bancos cada vez tenían más acciones y menos dinero decidieron convencer a jubilados, amas de casa y pequeños ahorradores de que cambiasen su dinero líquido por acciones preferentes de convertibilidad indefinidamente diferida, lo que fueron haciendo porque la mayor parte de ellos no disponían de los instrumentos financieros de Juan Nadie, que daban instantáneamente esas rentabilidades tan elevadas. Economistas, matemáticos financieros, premios Nobel de economía, gobiernos y autoridades monetarias mundiales aseguraron que este modelo financiero nunca se saturaría, hasta que un día un banco quebró y, tras él,

otro y otro, y se descubrió que ya nadie tenía dinero líquido, ni siquiera Juan Nadie y asociados, que ya ganaban más en bolsa que con su instrumento financiero propio.

No pasó casi nada, porque los bancos eran tan importantes que fueron rescatados con el dinero público de las nóminas de los pensionistas y ahorradores, que ahora tenían muchas acciones que no valían ya nada, porque nunca habían valido nada, porque los bancos tenían falsificados todos sus balances, como ocurrió el primer día en el que Juan Nadie utilizó su nuevo instrumento financiero. Juan Nadie se salvó, porque como tenía muchas acciones, en su momento había entrado en un consejo de administración y había sido indemnizado con una cifra millonaria. Disolvió su franquicia financiera alegando saturación de convertibilidad líquida en el futuro inmediato y, como había convertido su dinero en francos suizos, ahora vive en Ginebra. En el salón de su mansión hay una vitrina que atesora un objeto con la siguiente inscripción: Star 9 mm. Parabellum.

¿De qué trata este breve relato? ¿Es un cuento de gánsteres? ¿Es una crónica disparatada de algo irreal? En realidad es todo ello a la vez: es una crónica disparatada que narra algo muy similar a lo que ocurrió en todo el mundo con la crisis financiera de 2008 y lo hace utilizando la terminología y los conceptos que se han convertido en habituales. Unos términos y conceptos que son meras abstracciones que permiten convertir todo en dinero, como quiso hacer el rey Midas, y que presuponen que la economía financiera o especulativa, disfrazándose bajo un ropaje científico, ha conseguido doblegar a la economía real, o economía productiva, y convertir en tragedia la vida de millones de personas.

Para intentar comprenderlo, tema al que estará dedicado este libro, haremos a continuación un breve esbozo en el que se pueda ver la interacción entre los conocimientos económicos y los modelos científicos de diferentes épocas, y veremos cómo en el momento presente se está dando la paradoja de que la teoría económica, que es básicamente un símil matemático construido a partir de la física, ha pasado a convertirse en una ciencia modelo y el marco de referencia único del discurso político, de todas las ciencias sociales y de la propia constitución del saber científico en el marco de la industria editorial y de la vida universitaria, concebida bajo un molde pseudoempresarial.

Economía y contabilidad

Suelen decir los grandes economistas que la teoría económica es cierta si no se refiere a la realidad y deja de serlo cuando se refiere a ella. Ello se debe a que dicha teoría que, como veremos, puede alcanzar unos desarrollos matemáticos tremendamente complejos trabaja con abstracciones como oferta, demanda, rentabilidad, salario, e intenta establecer sus correlaciones dejando al margen los contextos geográfico o ecológico, social, histórico, estratégico... con el fin de que sus ecuaciones puedan alcanzar una validez universal.

Sin embargo, a lo largo de toda la historia de la humanidad, la economía ha sido y continúa siendo una realidad material, física. Se trata del proceso de interrelación entre las sociedades humanas y sus medios ecológicos por el que obtienen todos los recursos, sean del tipo que sean, que necesitan para vivir. La economía y el desarrollo de las técnicas o, lo que es lo mismo, de las fuerzas productivas en la caza, ganadería, agricultura y artesanía se ha desarrollado a la largo de la historia sin necesidad de formalizaciones de la misma. El saber del agricultor, del herrero, el arquitecto o el constructor de barcos son sin duda muy complejos y frutos de experiencias seculares y miles de experiencias de ensayo y error. Hasta llegar a saber cómo cultivar, fundir metales o construir catedrales, dichos saberes se transmitieron oralmente de padres a hijos o en el seno de corporaciones profesionales, pero casi nunca se pusieron por escrito ni se formalizaron, como tampoco fue necesario hacerlo para administrar los bienes de una casa o un dominio señorial.

Podríamos decir que hay dos clases de economía. La *economía espontánea*, a la cual se refirieron los griegos cuando hicieron derivar la palabra *oikonomía* de *oikos*, casa (pues creían que una casa en la que se hacía el pan y todos los alimentos, se cocía la cerámica de uso común, se hilaba, tejía, y se podían realizar en su seno todas las actividades del agricultor o el artesano), era una realidad lo suficientemente compleja como para requerir una gran cantidad de conocimientos y el arte de coordinarlos para un fin. Esa era pues la economía, el arte de coordinar el trabajo y los bienes para conseguir el bienestar. Y eso siguió siendo a lo largo de la historia casi siempre sin necesidad de números, cálculos o expertos administradores diferentes a los propios trabajadores.

La economía fue, y es, básicamente producción y, en segundo lugar, intercambio de bienes. Pero el intercambio de bienes, como veremos en el capítulo II, depende de sus marcos sociales (Godelier, 1996). El pago de una cantidad de bienes (ganado, dinero, ropas o casas) que el padre de la novia realiza al futuro marido de su hija, otorgándole una dote, es una parte de una relación de parentesco: el matrimonio, y no tiene nada que ver con la consecución de ganado, mujeres o dinero como fruto del botín de guerra. En el mundo antiguo esas dos formas de apropiación podían proporcionar los mismos bienes, pero su lógica no tiene nada que ver, ya que no se trata de imaginarios mercados de mujeres, vacas y dinero, sino de realidades tan diferentes como el matrimonio y el botín de guerra. Y lo mismo podríamos decir, como señala el propio Godelier, de los intercambios rituales de regalos, de la transmisión de bienes a través de relaciones de hospitalidad o de las ofrendas en los santuarios.

Decía el poeta Antonio Machado que: «es de necio confundir valor y precio». La humanidad casi nunca lo hizo, los economistas actuales sí, pero no por ser necios, sino para poder satisfacer más libremente su avaricia y poder transformar cualquier bien o relación entre personas en dinero. ¿Cuándo comenzó este proceso?

Este proceso comenzó cuando nacieron la escritura, los sistemas de pesas y medidas y el cálculo aritmético y geométrico simultáneamente. Si observamos esos procesos en la China antigua, o el Próximo Oriente asiático, como se verá en el capítulo II, podríamos ver que las más antiguas formas de escritura en tablillas son meros ideogramas o pictogramas acompañados de numerales. Y esas tablillas y la escritura que contienen formaron parte de la administración de los templos y los dominios reales o imperiales.

Pondré dos ejemplos, tomados de la colección de tablillas neosumerias de la Universidad de Santiago (Molina Martos, 1992: 87-88).

La primera de ellas dice:

38 bueyes / 2 vacas / 730 carneros / y 110 ovejas / de parte de A
/ el zabar-dab, del gobernador / de Uru-sagrig lo tomó a su cargo /
Mes IX / Año en el que Amar-Suen (fue) rey / 880 animales.

Y la segunda dice:

2 carneros cebados (para Enlil) / 2 carneros cebados (para Ninlil) / ... / en el templo de Enlil / Con la autorización de A, el «copero» / Día 28 / De parte de N / ha sido expedido / En Nippur / Mes III / Año siguiente a aquel en que se cala- / fateó el barco «Dara-abzu» (de Enki).

Como se puede ver son recibos de cobros de bastante importancia a templos o autoridades civiles. Toda la escritura sumeria, acadia, jeroglífica o micénica está pensada para poder llevar a cabo la contabilidad del pago de impuestos, tributos y ofrendas.

Los escribas del Próximo Oriente, o de la china imperial, eran mucho más que amanuenses. Eran funcionarios administradores de bienes y contables. En su formación, además del dominio de la escritura, estaba el cálculo aritmético y geométrico. Como los faraones, emperadores o reyes podían movilizar una gran fuerza de trabajo para las obras públicas, un escriba debería saber resolver problemas como los siguientes en el Egipto faraónico:

- Calcular, midiendo con cuerdas la superficie de los contornos de una parcela, la extensión y la cantidad de cereal que se puede cobrar como renta de ella.
- Calcular las raciones de cereal, cerveza, sandalias o tejidos que necesita un contingente de un determinado número de trabajadores para realizar un trabajo concreto en una obra pública.
- Calcular, en el caso de los escribas de Mesopotamia, cuantos ladrillos de barro cocido o crudo son necesarios para construir una plataforma de unas determinadas medidas.

Los escribas eran los encargados de elaborar catastros en todas estas culturas (en la cultura micénica también). También a ellos les correspondía elaborar los censos de población, que otras culturas antiguas como la hebrea tardaron en comprender. Recordemos que Yahvé castiga al Rey David con la peste para el pueblo judío por haber ordenado la realización de un censo de población. Los profetas judíos entendían que ello suponía un pecado de orgullo, pues el rey de este modo podía exhibir ante Dios el poder de sus ejércitos y su potencial económico al conocer el número de sus súbditos.

Los catastros, censos, cálculos de cantidades de rentas a cobrar por todas las cosechas –como se podrá ver en el capítulo II– son

la base del poder económico y militar de sacerdotes, reyes y emperadores. Pero todos ellos son imposibles sin la medida del tiempo.

Como se puede ver en nuestras tablillas, en los dos casos hay referencias cronológicas muy precisas. Y es que junto con la escritura nacieron los sistemas numéricos de cómputo del tiempo: los calendarios. El calendario es necesario para coordinar los días de las movilizaciones de trabajadores para las obras públicas, del pago de las rentas y del cálculo de la fuerza de trabajo. Por eso lo desarrollaron los egipcios, mesopotámicos y chinos, y por eso estas culturas, junto con la aritmética y la geometría, tuvieron que desarrollar la astronomía.

Sin embargo existen dos aspectos muy diferentes en la historia de los calendarios y sistemas de cómputos del tiempo: el económico y el ritual.

Todas las culturas regulan la medición del tiempo a partir de la sucesión de ritmos naturales, de los que el más evidente es la sucesión del día y la noche o la sucesión de las estaciones. Estos ritmos están unidos a ciclos biológicos humanos: fertilidad, embarazos, nacimiento y muerte; y ciclos vegetales o animales: ritmos de las cosechas, de las migraciones de los animales. Fue a partir del conocimiento de esos ciclos naturales en la agricultura y la ganadería, la pesca o la navegación como se reguló espontáneamente la actividad económica en la mayor parte de las culturas.

Pero además de la actividad económica, el calendario se estructuraba por ritmos sociales y religiosos. Nuestro sistema de la semana de siete días es un buen ejemplo de ello, y su historia ha sido estudiada por Eviatar Zerubavel (1985). Su origen no es económico, sino ritual y nace la semana en el judaísmo, pasando de él al cristianismo y luego al islam. El ritmo ritual de la semana no existió en el mundo antiguo, en cuyos calendarios, conservados en inscripciones o textos literarios, podemos ver cómo los meses son denominados por sus principales festividades religiosas o por los nombres de los propios dioses. Veremos a lo largo del libro cómo la reforma de esos calendarios en Atenas y la creación de un calendario cívico por parte de Clístenes asumió un importante carácter político, que luego imitarían los revolucionarios franceses cambiando los nombres de los meses del año.

Una cosa es pues el tiempo de la economía, o sea el de la producción o el tiempo fiscal del cobro de rentas y organización de

las corveas, y otra el tiempo ritual, que regula la vida social y religiosa. Solo el tiempo de la economía fiscal fue objeto de formalización y cálculo, junto con la medida de las cantidades y superficies. ¿Supuso ello el nacimiento de la primera vinculación entre ciencias y economía? Solo parcialmente, aunque en la actualidad se tiende a insistir machaconamente en ello.

Las historias de las ciencias exactas en la Antigüedad no dejan de insistir en que en el Próximo Oriente se sabían hacer cálculos aritméticos y medir superficies y volúmenes, así como elaborar minuciosas tablas de observaciones astronómicas. Sin embargo, egipcios, mesopotámicos o chinos no fueron capaces de crear la geometría científica porque no desarrollaron el arte de la demostración y la formulación de teoremas. Lo hicieron, por el contrario, los griegos, pero no para propósitos prácticos, sino solo dentro del ámbito de la filosofía, y no deja de llamar la atención que uno de los mayores logros de la mente humana en su camino hacia la abstracción: la invención del cero, que los matemáticos griegos fueron incapaces de concebir, sea un logro de la antigua India y se relacione más con su metafísica que con las necesidades del cálculo fiscal.

Podríamos concluir afirmando que el nacimiento de la contabilidad forma parte de la historia del desarrollo del control político y la explotación económica, pero no de la historia de las ciencias, más que a un nivel meramente secundario. Los grandes sistemas contables, unidos a las escrituras cuneiforme, jeroglífica o micénica, desaparecieron a la par que esas escrituras y cuando desaparecieron esas economías tributarias que analizaremos en el capítulo II. Así pues, *la contabilidad es una parte del arte del dominio y su contribución a la creación del conocimiento fue meramente empírica e instrumental.*

Podremos seguir comprobándolo si nos trasladamos a la Europa de la Baja Edad Media y analizamos la importancia del nacimiento de la contabilidad por partida doble, estudiado por Mary Poovey (1998). Destaca esta autora la importancia del descubrimiento de este instrumento analítico, llevado a cabo por comerciantes prácticos, y no por filósofos o científicos, porque permite abstraer en mayor grado la actividad económica, al unificar en dos conceptos: haber y debe, todos los movimientos de mercancías de una empresa, sea cual sea su naturaleza. Con la contabilidad por partida doble todo puede ser reducido y convertido a dinero

y el dinero se cambia por dinero para ser convertido luego en otras mercancías. Y gracias a esa contabilidad podemos ver cómo nace un elemento esencial de la vida económica: *la empresa*, que pasará a ser el auténtico sujeto o protagonista de la vida del mercado, aunque los economistas posteriores prefieran apelar a la abstracción del *homo oeconomicus* o sujeto racional que calcula sus beneficios y pérdidas en este medio.

Los seres humanos, incluso en las sociedades de mercado, no reducen toda su actividad al cálculo de pérdidas y beneficios. Muchas de sus actividades (su vida familiar, su ocio, sus filiaciones religiosas o políticas) quedan al margen de esos cálculos fruto del nacimiento de la contabilidad moderna. Sin embargo todo se intenta reducir a esa lógica, no para analizar la conducta real de las personas, sino para santificar y reificar la lógica que hace posible el poder de las empresas.

La contabilidad espontánea de los comerciantes se desarrolló a la vez que un conjunto de saberes necesarios para la administración del Estado, la *estadística*, así denominada originariamente por esta razón (Hacking, 1975). Volviendo a resucitar los saberes prácticos de los escribas de los antiguos imperios, los cultivadores de la *aritmética política* comenzaron a darse cuenta a partir del siglo XVII de que se podrían llevar a cabo nuevos procesos de abstracción.

En efecto se pueden descubrir patrones de nacimiento y muertes, patrones de mortalidad por sexos, patrones de talla corporal en los reclutas por zonas o clases sociales. E incluso se puede determinar cómo serán las uniones matrimoniales o la distribución de niños por sexo. Y todo ello puede ser esencial para el arte del administrar el Estado. Por ejemplo, para reclutar tropas o calcular impuestos, por lo que será necesario volver a hacer catastros y censos, como en los antiguos imperios. Lo que ocurre es que, en la Europa del siglo XVII, se comienza a pensar que todo ello podría ser reductible a leyes matemáticas de validez universal, como las de la nueva mecánica racional, que describía y calculaba la trayectoria de cualquier objeto, fuese de la materia que fuese. Comenzaba a ser pues necesaria una nueva ciencia: la *economía política*.

Racionalidad económica y racionalidad mecánica